

La *h* ¿es una letra?

¿Qué es una letra? Para muchos lingüistas, posiblemente la mayoría, una letra es un *grafema*, es decir, la unidad mínima de escritura de una lengua y, a su vez, la representación gráfica de un *fonema*. Este es un sonido particular emitido por el aparato fónico humano y la unidad oral mínima capaz de diferenciar significados. Así, la letra no tendría significado en sí misma, sino que lo evocaría y permitiría comunicarlo.

Sin embargo, como en castellano la *h* se define como una letra muda, se puede discutir que sea un grafema, es decir un fonema mudo, pues sería hasta contradictorio definir una letra como el símbolo de un sonido y al mismo tiempo afirmar que una de las que integra el alfabeto, en realidad, no reproduce sonido alguno. Pero, si la *h* no es una letra, ¿qué es? Más aún, ¿por qué forma parte del abecedario?

Históricamente, la *h* no era una letra sino un acento escrito. En latín, por ejemplo, indicaba un aumento de fuerza o aspiración de la vocal siguiente. *Hospes* (huésped), para tomar un caso, no se pronunciaba como lo haría un actual hablante del castellano, sino algo como ‘jóspeš’, con una *j* suave, un poco más suave que la *j* por lo común oída en el Río de la Plata.

En nuestro idioma la *h* tiene el mismo funcionamiento. Delante de vocal la encontramos muda, en primera fila, ocupando el lugar donde había una *f*: *fambre* dio lugar a *hambre*, *facto* a *hecho* y *femina* a *hembra*. También la encontramos junto con otras letras formando *dígrafos* (dos letras que evocan un solo fonema). Hoy aparece con la *c*, para representar el sonido ‘ch’, que varía en diferentes idiomas. Antiguamente solía aparecer junto con la *p*, para sugerir el sonido de nuestra *f* en palabras latinas



tomadas del griego, como *philosophia*, y junto con una *t* para indicar el sonido de la letra *theta* (Θ), como en *theologia*.

En inglés se dice *dot the Is and cross the Ts*, es decir, poner los puntos sobre las *i* y cruzar las *t*. Se refiere a los últimos arreglos hechos a los manuscritos antes de entregarlos. En cursiva, casi todas las letras se pueden escribir sin levantar la pluma del papel, pero ciertos adornos o *fruletes* que decoran algunas letras requieren levantarla y retroceder con ella, lenta y engorrosa acción que dio lugar a la expresión inglesa transcrita, la cual significa que hay que asegurarse de que todos los detalles estén bien.

El griego tenía tres clases de acentos: espíritu suave o dulce, fuerte o áspero y circunflejo o doble. Los usaron para ayudar a los extranjeros a pronunciar correctamente las palabras. Los romanos, en cambio, no usaron acentos en sus manuscritos, pero recurrieron

a la *h* para marcar una aspiración sin tener que levantar la pluma del papel, práctica que heredaron las lenguas romances, aunque también incorporaron acentos (ausentes del inglés y el alemán). El nombre castellano de la *h* procede del francés *hache*, y este del latín tardío *haca*, descendiente a su vez de su nombre en latín clásico, *ha*.

A pesar de la argumentación anterior, no abogamos por que la *h* sea borrada de nuestro alfabeto, algo que sí hicieron el lingüista venezolano Andrés Bello (1781-1865) y el premio Nobel de literatura en 1982 Gabriel García Márquez (1927-2014). Nos contentamos con dar cuenta de una condición no muy conocida que puede ayudar a resolver algunas vacilaciones ortográficas o a explicar la tenaz presencia de la famosa letra muda.

Jorge Barale